

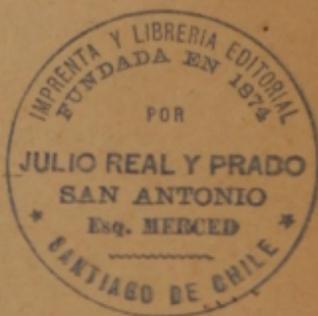
DE CONCON

A LA

# PLACILLA

IMPRESIONES

De un oficial del E. M. de la 3.<sup>a</sup> Brigada



**SANTIAGO**  
IMPRESA DE LA LIBRERIA COLON

De Carlos 2.º Lathrop. Bandera, 67.

=  
1892

BIB 227754

DE CONCORDIA

PLACILLA

IMPRESIONES

De un libro de E. M. de ...

ORIGINAL DE LA BIBLIOTECA

de la ...

Morales

## DE CONCON A LA PLACILLA

---

La 3.<sup>a</sup> brigada que había desembarcado como las dos primeras en Quinteros en la mañana del 20 de agosto, se puso en marcha en la noche del mismo día en dirección a la Hacienda de Quinteros para de allí adelantarse, tan pronto como se le ordenara, hacia el Aconcagua.

Aunque el E. M., de la brigada no tenía todavía noticia alguna del enemigo, todo hacía creer que éste ya debía saber nuestro desembarco. La presencia del «San Francisco» en la bahía de Quinteros i las noticias que telegráficamente había ya dado el jefe del destacamento dictatorial de aquel puerto, eran razones poderosas para tener la certeza de que ya no tendríamos la ventaja de caer de sorpresa sobre las fuerzas balmacedistas, sino que, muy al contrario, se nos esperaría en las mejores posiciones para tratar de destruir de un solo golpe nuestro pequeño Ejército i anonadar, si fuera posible, para siempre, nuestros esfuerzos i nuestras aspiraciones.

El desembarque de tropas, llevado a cabo con lentitud a falta de elementos, había dado tiempo suficiente para que las tropas enemigas hubieran hecho su concentración en el sitio mas ventajoso para ofrecer una sólida i tenaz resistencia.

Sin embargo, para el ánimo resuelto de las tropas constitucionales, nada importaba aquello. Ellas sabían que iban a batirse en las peores condiciones con respecto al número i al terreno, i animados por el valor inquebran-

table que nace al calor del verdadero patriotismo, como se dice vulgarmente, hacia mucho tiempo que habian he-  
chado el alma a la espalda...

La 3.<sup>a</sup> brigada marchaba pues, rápidamente alejándose del vivac momentáneo que acababa de abandonar i cuyos fogatas se iban estinguendo poco a poco. Los soldados, recién desembarcados, que habian soportado una navegacion sumamente incómoda que los habían mantenido durante largos dias casi en completa inmovilidad, se vengaban entónces de la inaccion marchando con todo entusiasmo.

Una densa neblina que se levantaba en esos momentos del mar, envolvió mui pronto a la columna, ocasionando mui luego el extravio de los dos últimos cuerpos de infantería que perdieron el contacto con el grueso. Este extravio, que a primera vista era simplemente un contratiempo lamentable, fué sin duda una de las circunstancias que influyeron notablemente en el éxito de la batalla de Concon: la 1.<sup>a</sup> brigada, dirigida en persona por el coronel Körner, que llevó el ataque de mayor importancia sobre el ala izquierda balmacedista, fué apoyada mui eficazmente i en circunstancias bien difíciles, por aquellos dos cuerpos extraviados que habian llegado a reuérsele tan inesperadamente.

Guiada, pues, la brigada por los planos del Estado Mayor Jeneral, poco prácticos todavía en apreciar de ese modo las distancias o fijar las direcciones, la marcha nos fué pareciendo cada vez mas larga i prolongada. Es necesario comprender que nuestros soldados reclutados hacia pocos dias, la mayor parte, no tenian la preparacion necesaria adquirida en tiempo de paz para soportar con ventajas las jornadas del tiempo de guerra. Fatigándose mui pronto, se quedaban profundamente dormidos sobre el duro suelo tan pronto como se oia el *alto la marcha* tocado por los cornetas.

Sin embargo, el coronel Körner nos había hecho comprender que era de sumo interés practicar nuestra concentracion a inmediaciones del Aconcagua para el dia siguiente, i después de cortos descansos se emprendia nuevamente la marcha casi con sus distancias reglamen-

tarias. Entonces se habia disipado la neblina i a la claridad de la hermosa luna podíamos admirar aquel terreno tan distinto a los áridos i salitrosos desiertos del norte, teatro de las primeras operaciones; ahora era éste el valle central, el Chile viejo, cuya vejetacion exuberante, ofrecerá un blando i fresco lecho de yerbas a los que caigan en el combate ya tan próximo.

En las casas del fundo de Quinteros comenzamos ya a sospechar algo sobre el enemigo: los semblantes de los que allí nos esperaban i que habian estado al habla con el cuartel jeneral que iba adelante, eran demasiado elocuentes para hacernos comprender que, por lo menos, se habian avistado las avanzadas. Pero la noche seguia, i a la claridad indecisa de la luna no era posible descubrir allá a lo lejos, en direccion al Aconcagua, sino siluetas confusas de árboles i cerros que nada nos decían. ¡Ah!—pero allí debía esperarnos ya el enemigo defensor de la dictadura i que, es sabido, tenia orden de no perdonar a los oficiales constitucionales después de la derrota, como no serian perdonados pocas horas después las abnegadas víctimas de Lo Cañas!—Estas crueles determinaciones se sospechaban i por eso habia en bisoña pero varonil oficialidad congresista el espíritu inquebrantable de batirse lo mejor posible, de vender mui caras sus vidas.

En la madrugada del dia 21 la 3.<sup>a</sup> brigada emprendió nuevamente la marcha en direccion a Colmo. Esta jornada, a pesar de saberse que seria la última antes de la batalla que debia librarse mui luego, no fué iniciada con la celeridad requerida: los soldados no habian tenido sino una hora escaza de descanso i en ella no les habia sido posible recuperar sus fuerzas agotadas en la jornada de la noche, ni el sueño atrasado que pesaba grandemente sobre sus cerebros. Además, los caminos eran malos, llenos de subidas i bajadas que, no hai duda, cansaban a los soldados que soportaban tambien el peso del equipo, del fusil i de los 150 tiros de la canana.

Pero, despues de una hora de marcha, la situacion cambió repentinamente: un ruido ronco como el de trueno lejano vino a sacudir el ánimo decaído de la tropa

que viéndose ahora con fuerza i espíritu levantado, olvidándose por completo de sus fatigas, comenzó rápidamente a organizar la columna de camino. Aquel ruido sordo habia sido el primer cañonazo, o mejor dicho el primer disparo de la batalla de Concon, que la Escuadra Congressista hacia sobre las posiciones dictatoriales. Despues siguieron muchos otros, disparados con ciertos intervalos de tiempo que hacian comprender que eran hechos con la calma necesaria para obtener los mejores resultados, con la calma característica del que tiene conciencia de que vá a vencer.

Cuando los estampidos de los Krupp de montaña de la 1.<sup>a</sup> brigada se dejaron oír, la tropa de la 3.<sup>a</sup> brigada queria botar sus rollos para avanzar mas rápidamente. ¿De qué servia eso—decian los soldados—cuando los que no mueran tendrán blanda cama en Valparaiso despues de la victoria?—I casi tenian razon.—¿No creíamos todos que se decidiria la suerte de la Patria i la nuestra en una sola batalla, en esa batalla que ya habia comenzado?—Indudablemente, nadie sospechaba aquellos ocho dias de cruda campaña que iba a exigir del Ejército Congressista mas enerjía para soportar las privaciones que la que se necesita talvez para entrar en combate.

Sin embargo, fué necesario dominar por entonces el entusiasmo de la tropa que deseaba ya batirse. A la altura de Dumuño, el comandante de la brigada ordenó *alto* i dispuso que la tropa, que todavia estaba en ayunas, confeccionara su rancho lo mejor que fuera posible i mui luego algunos carneros, que a pesar de las precauciones de los balmacedistas para no dejarnos elementos de subsistencia en el terreno de operaciones, se convirtieron mui pronto en succulentos azados. Se comprendia mui bien la conveniencia de entrar en pelea llevando algun peso en el estómago, puesto que la debilidad física siempre trae la debilidad moral.

A cada momento que pasaba el cañoneo se hacia mas sostenido, i por el sonido, bien se podia ya hacer la comparacion entre los cañonazos balmacedistas i los constitucionales: los primeros se sentian mas sonoros como que eran disparados sobre las alturas de la ribera sur del

Aconcagua; los segundos casi no tenían eco, como que se hacían allá en la misma caja del río.

A las 10 A. M. una orden del cuartel jeneral disponía el avance de nuestra brigada. Ya era tiempo. La 1.<sup>a</sup> i 2.<sup>a</sup> brigada se habían empeñado decididamente al ataque practicando el peligroso paso del río i el fuego del fusil comenzaba su eterno redoble.

Cuando la tercera brigada llegaba al campo de batalla, pudo ver al coronel Canto quo colocado sobre una altura dominante le dirijia la palabra que hizo prorrumpir a la tropa en gritos entusiastas. Entonces comprendimos cuanto puede un comandante en jefe que se hace querer...

Desde las últimas prominencias de la ribera norte del Aconcagua el panorama entero del campo de batalla había quedado a nuestra vista i sin peligro ninguno, como puede contemplarse un campo de maniobras. Al frente, sobre la alta meseta de la ribera sur, se descubrían perfectamente las formidables posiciones dictatoriales marcadas ya como cintas de azulado humo sobre una álfombra de verduras; a sus piés la pedregosa caja del río, donde se arrastraba éste dividido en varios brazos; al oriente un retazo del hermoso valle que se perdía en el azul de la distancia, i al poniente el mar, una agua plomiza, medio inmóvil, donde la Escuadra Congressista esperaba impaciente el resultado del combate.

Las posiciones balmacedistas eran imponentes, i no hai duda, la impresion que todos sufríamos en aquellos momentos, pero que no confesábamos, era que no seria posible desalojarlos de ellas. Además, ellos se batirian bien, la tropa por la obediencia ciega, por disciplina; los jefes i oficiales porque habían deliberado defender las posiciones mas o menos espectantes a que los había llevado el alago de la dictadura.

Si embargo, no sentíamos al entrar a este campo de batalla el mismo temor que al batirnos con un enemigo extranjero: sabíamos, pues, que defendíamos la causa justa i creíamos que, de un instante a otro, aquellas tropas dictatoriales levantarían las culatas de sus fusiles para no matarse entre hermanos, únicamente por el incalificable capricho de un hombre. Pero se

cruzaron los proyectiles, i si no se batian por ideas, ya se batian por amor propio i con todo encarnizamiento.

Mui luego de haberse presentado la 3.<sup>a</sup> brigada tuvo que entrar en accion. Sin sospechar siquiera el jeneral enemigo que la llave de su posicion estaba en su ala izquierda, habia desplegado un lujo de fuerzas en su ala derecha, con mayor razon cuando pudo ver que la 3.<sup>a</sup> brigada emprendido el ataque hácia esa misma ala.

La brigada nuestra, indudablemente, nos pareció que habia entrado con demasiado ardor en el combate. Estamos convencidos que si su papel se hubiera concretado esclusivamente a contener un avance improbable del ala derecha enemiga, se hubieran evitado muchos inútiles sacrificios. Deshecha i puesta en fuga el ala izquierda enemiga, que era la que mantenía el contacto con su base de operaciones, el ala derecha habia tenido que ir a la derrota por su propio peso, con mayor razon si habiendo hecho un avance hubiera caído en la caja del rio. Pero, como decimos, el ataque se llevó a cabo desde el primer momento con todo entusiasmo:— los cañones colocados convenientemente en batería rompieron sobre la artillería enemiga un vivo fuego de Shrapnell i el Pisagua primero, i el Esmeralda despues, emprendieron el vigoroso ataque de frente.

De ese modo ámbos ejércitos se batian con todas sus fuerzas i mui pronto debia notarse de qué lado se comenzaba a ceder.

Uno de los momentos mas difíciles para los atacantes fué, sin duda, la pasada del rio bajo el plomo que comenzaba a caer. El Aconcagua, mui crecido ese dia por haberse interrumpido, de órden dictatorial, todas las *boca-tomas* que lo dibilitan en circunstancias normales, venia entónces sumamente crecido, ahogando a muchos soldados. Otros, heridos allí mismo, se sumerjieron sin poderlo evitar, arrastrados al fondo por el peso de las municiones i del fusil que no querian abandonar. La vista de aquellos muertos en el fondo del rio, era, francamente, mui desagradable, puesto que en sus rostros se notaba la desesperante angustia del que muere ahogado.

La caja del río, por otra parte, no podía ofrecer grandes abrigos a las líneas de nuestros tiradores que eran batidas desde las alturas; había sí muchos chilcales, pero éstos, como se comprenderá, no pudieron ser aprovechados sino como abrigos contra la vista de los apuntadores enemigos.

El combate en el ala derecha enemiga, que era atacada por nuestra brigada, permaneció mucho tiempo indeciso. A pesar del intrépido avance de los dos regimientos de infantería de que se pudo disponer, el enemigo no daba señales de debilidad; mui al contrario, parecía también descender poco a poco de sus altas posiciones, haciendo siempre esos fuegos sostenidos que repercutian con estrépito en la caja del río. Una vez vimos, sin embargo, desaparecer de aquellas líneas de guerrillas la cinta de humo que hacian sus nutridos disparos; pero aquella interrupcion no duró sino el tiempo necesario para el relevo de la tropa que ya había consumido sus municiones por otra de refresco, que comenzó mui pronto a vaciar en contra nuestra sus bien provistas cananas. I el combate seguía siempre en ese período desesperante que por ni una ni otra parte se notan síntomas de debilitamiento.

¡Ah! I miétras aquí nos matábamos sin piedad, allá en el Palacio de la Moneda, Balmaceda, sonriente después de haber recibido los últimos telegramas de Alcérreca, en que se reía del número de nuestras fuerzas i de nuestro desordenado sistema de ataque, esperaba recibir de un instante a otro la noticia de nuestra derrota!— Sí; pero hábil político solamente, no comprendía que en la batalla que se libraba, i en la cual creía segura la victoria, no era el número de tropas o las mejores posiciones las que asegurarían el triunfo, sino la dirección i el sistema de ataque: la dirección de Alcérreca contra la dirección de Körner!

Una circunstancia inesperada vino a romper en nuestro frente de ataque el equilibrio de la batalla: la artillería balmacedista, sea porque los proyectiles Shrapnell que les lanzaba la nuestra le hubieran causado algunas

bajas, sea porque sus sirvientes comenzaran a desconocer el silvido de los proyectiles Maunlicher, principiaron a retirarse dejando a nuestras baterías en completa libertad de dirigir únicamente sus fuegos contra la infantería enemiga.

Aquel incidente, como se comprenderá, llenó de ánimo a nuestros soldados que comenzaron a vislumbrar con él el principio de la victoria. Es cierto que los proyectiles de infantería hacían oír siempre sus terribles subidos; pero, preciso es confesarlo, nunca son ellos tan desmoralizadores como el grito de perdiz de los proyectiles de artillería que felizmente ya no caían.

Sin embargo, la infantería balmacedista no habría cedido sus posiciones si no hubiera tenido que experimentar las consecuencias de la derrota del ala izquierda. La 1.<sup>a</sup> brigada dirigida en persona por el mismo coronel Körner, había deshecho, sí, a costa de grandes sacrificios el ala izquierda enemiga, la que tenía el contacto con la base de operaciones, i el ala derecha falta de apoyo, vacilante, tuvo que retroceder, abandonar el campo, deshacerse.

La derrota entónces fué completa, solo algunos grupos de soldados, muchos, sin duda, de aquellos aguerridos veteranos de la campaña Perú-boliviana, que nunca habían soportado una derrota, prefirieron morir ántes que rendirse, batiéndose hasta el fin, concentrándose tras las hondulaciones del terreno. Estéril sacrificio, sin duda, pero que habla mui alto en favor del valor del soldado de Chile.

El desastre de Concon debió influir grandemente en el ánimo de Balmaceda. En ese campo se habían batido sus mejores tropas, aquellas que, puede decirse, había conservado en la division del centro como de mayor confianza para el resguardo de su persona.—¿Qué podía entonces esperar de sus tropas inferiores?—I entónces debe haber comprendido que no tenía jenerales i que si los tenía, eran de aquellos ascendidos únicamente por antigüedad, valientes, sin duda, pero mui ignorantes para poder manejar un Ejército conforme a los adelantos del siglo.....

El sol de aquel día de victoria no se ocultó pues sin haber visto a los tropas congresistas dueñas de las inaccesibles posiciones dictatoriales; pero aunque el Aconcagua quedaba a nuestra espalda i Valparaiso a nuestro frente, solo a una jornada, no era posible apoderarse en seguida de él por falta de municiones.....

---

¿Cómo fué posible que las tropas Constitucionales obtuviera el triunfo en Concon? — Esta es indudablemente la enunciacion del problema que todos tratan de solucionar i cuyo resultado, estamos ciertos, no habia sido ni soñado por los jefes balmacedistas que contaban con los poderosos elementos del dinero, armamento i tropa en abundancia.

Hai muchos que creen todavía en que únicamente la suerte aseguró las victorias en Concon i la Placilla; pero eso no pasa mas allá de ser un profundo error: ¿Acaso la suerte hace que un ejército marche resueltamente a desarrollar sus operaciones bélicas al centro mismo del territorio dominado por el enemigo?—¿Acaso la suerte pudo enseñar a un Ejército de reclutas, en su mayor parte, el sistema moderno de ataque?—¿Acaso la suerte fué la que indujo a hacer la division del Ejército Constitucional en tres brigadas?—¿Acaso la suerte pudo ella sola aconsejar que se atacara en Concon, ejecutando el movimiento envolvente hácia el ala izquierda enemiga?

---

A la mañana siguiente, oscuro todavía, se presentó a nuestro campamento el infatigable coronel Körner disponiendo la pronta organizacion de la brigada para emprender la marcha hácia Reñaca tan pronto como se hiciera de día.

Las tres brigadas habian quedado un tanto desorganizadas despues de la batalla de la víspera i era necesario ejecutar una concentracion que las ordenara i las dejara en disposicion de continuar con rapidez la opera-

ciones, paralizadas momentáneamente a causa de la falta de municiones.

Cuando la brigada recorría ya aquel camino que conducía a Reñaca, Viña del Mar i Valparaiso, cubierto entonces con los despojos del desastre, pudimos ver al coronel Canto que radiante de alegría por el triunfo obtenido, conversaba con el coronel Körner, cuyo rostro tranquilo no revelaba la menor emocion, puesto que todo lo que veía, no era para él sino simplemente la ratificación de lo que él habia previsto, la consecuencia lójica e inevitable de la campaña contra un Ejército, valiente, sin duda, dispuesto a batirse, pero sin direccion.

Allí, en aquel camino, al pié del Torquemada, habia las muestras de una resistencia heroica; una batería Krupp de campaña, con casi todos sus sirvientes muertos i al frente, el campo cubierto de cadáveres de infantería atestiguando una ecatombe! Francamente, aunque los congresistas habian obtenido allí la ventaja, no daba gusto ver aquello. ¿No hubiera sido mejor que esos bizarros soldados que se habian batido como leones en defensa del tirano se hubieran conservado, cuando ménos, para resguardo de la Patria? — .....

El Ejército constitucional, habia engrosado sus filas despues de la batalla de Concon. Los 2,000 soldados caidos prisioneros habian querido enrolarse en sus filas deseosos de batirse contra sus jefes de ayer, que los habian conducido a la derrota, muchas veces por engaño, haciéndoles comprender que iban a batirse con tropas mercenarias, i entónces Balmaceda pasaba a ser para ellos únicamente el champudo que ya no les inspiraba ninguna simpatía.

En Reñaca, a medio dia, la brigada completó nuevamente sus municiones i avanzó mui pronto a tomar la posicion en donde debia vivaquear durante la noche. Valparaiso estaba desde allí a la vista i cuando se hizo oscuro, su situacion se fijó perfectamente por infinitas luces, que semejabán chispas en un retazo de sombra. Los poderosos rayos de un foco eléctrico destinado a vijilar la bahía, nos dirijia de tiempo en tiempo sus miradas. manejado por alguna mano dictatorial que quer-

ria decimos que se nos esperaba alertas. I aquello debia ser la verdad: las noticias i observaciones que habíamos hecho sobre el enemigo, hacian comprender mui claramente que nos batiríamos nuevamente, puesto que el dictador habia logrado concentrar nuevas tropas en aquel puerto. Un continuo tráfico de trenes habia sido una prueba palpable de aquella concentracion.

A pesar de todo, aquella noche dormimos i descansamos un rato. Es cierto que las jornadas no habian sido largas; pero no era precisamente nuestro físico el que reclamaba descanso, sino mas bien nuestro espíritu, fatigado hasta cierto punto a fuerza de emociones fuertes. La tropa, sin embargo, que habia botado los rollos al otro lado del Aconcagua, soportaba un frio de Agosto que los mortificaba dictatorialmente i esto, segun ellos decian, seria un nuevo cargo que harian a Balmaceda i sus defensores cuando hubiera que llamarlos a cuenta. Aunque esa noche nuestro lecho era siempre el duro suelo, estamos seguros de haber dormido mas tranquilamente que el dictador sobre el suyo. Solo un corto tiroteo de las avanzadas enemigas que, demasiado nerviosas, deben haberse desconocido, vino a interrumpir nuestro sueño i, por un momento, a hacernos creer que las tropas balmacedistas fastidiadas por fin de sostener el capricho de un hombre, se sublevaban contra sus jefes. Pero el tiroteo cesó i en el silencio de la noche solo seguia oyéndose el continuo silvido de las locomotoras que llegaban siempre arrastrando los trenes llenos de pertrechos de guerra i tropas.

---

Como habia sido ordenado por el Estado Mayor Jeneral, a la una de la mañana la 3.<sup>a</sup> brigada emprendia la marcha en direccion a Viña del Mar, o mejor dicho a las alturas que dominan esta poblacion por el lado norte i desde las cuales debíamos emprender el ataque de las fuerzas dictatoriales cuyas posiciones, no cabia duda, debian encontrarse en las alturas del lado opuesto.

La misma dichosa neblina que nos habia acompañado en nuestra primera marcha al partir de Quinteros nos

envolvía entonces sin que ahora, talvez por no haber necesidad, no causaba ningun feliz estravio de tropas; pero aumentando sí, el frio atroz que hacia desear a los soldados entrar luego en combate para entiviar siquiera el cañon de sus fusiles. Nuevamente los soldados estaban resueltos a batirse, i la verdad es que ahora sentíanse con mas ánimo que antes de la batalla de Concon. ¿No habian derrotado ya una vez a las mejores tropas de Balmaceda? - I decian ellos, quien pega primero, pega dos veces.

La columna marchaba pues resueltamente. Sabíase por otra parte, que la 2.<sup>a</sup> brigada, siguiendo en esos momentos, el camino mas allegado a la costa atacaria las posiciones de Viña del Mar cayendo de sorpresa antes de amanecer i que nuestra brigada debia llegar tan a tiempo como fuera posible para prestar eficaz apoyo a aquel asalto.

Pero, aun que la 3.<sup>a</sup> brigada recorrió con toda felicidad el camino que se le habia indicado i aunque la 2.<sup>a</sup> llegó tan a tiempo como se requeria para iniciar el ataque, pasaron las últimas horas de la noche sin que ningun disparo de alarma hiciera comprender por lo menos que las avanzadas enemigas se habian avistado i que mui pronto comenzaria el combate.

Ocultas en sus posesiones, en vano esperó la 3.<sup>a</sup> brigada el principio del ataque. En los campamentos balmacedistas cuyas fogatas del vivac divisábamos, no se notaba ninguna agitacion preparatoria i era indudable que allí, ignorantes de la aproximacion nuestra, se gozaba de completa calma; i cuando llegó el nuevo dia, la diana tocada con banda, que despertaba alegremente a los soldados, se dejó oír en nuestros campamentos mui distintamente.

¿Qué habia sucedido?—Algo mui sencillo: Nuestro distinguido amigo, el jefe de E. M., de la 2.<sup>a</sup> brigada, que debia marchar con el primer cuerpo de infantería que iniciaria el ataque, habia podido imponerse, antes que nadie, de la situacion de las posiciones defensivas del enemigo i habiendo creído que al llevar el ataque por ese frente no pudiera darse el asalto con el éxito

deseado, habia retardado el momento de entrar en accion hasta comunicar sus apreciaciones al comandante de la brigada, quien, encontrándolas bien fundadas habia creido a su vez en la conveniencia de hacerlas presentes al comandante en jefe del Estado Mayor Jeneral. En estos combates en que el Ejército congresista jugaba el todo por el todo era indudable que habia que andar con mucho tino.

... La 3.<sup>a</sup> brigada que se encontraba aun a la expectativa, preciso es confesarlo, habia participado de los mismos temores. De las dominantes posiciones que ocupaba, habia podido distinguir perfectamente, mejor talvez, que la 2.<sup>a</sup>, la línea de defensa enemiga instalada en las inaccesibles alturas del frente i cuya ala izquierda venia a formarla el fuerte Callao, formidable roca herizada entonces de artillería. Las tápias de la poblacion ocultaban tambien gruesas líneas de enemigos convenientemente atrincherados i de allí se habría hecho contra los atacantes mortíferos fuegos mientras marcharan al asalto por la arenosa pampa del frente o cuando trataran de pasar el estero cuya agua no dejaba de ser un obstáculo.

El jeneral dictatorial cuando vió la aproximacion de nuestro ejército debe haber creido seguro que por allí se llevaria el ataque; así lo supusimos cuando observamos que su infantería tomaba sus posiciones de combate i que gran parte de su artillería de campaña instalaba sus baterias en el fuerte Callao.

No recordamos si fué este fuerte o alguna batería congresista la que primero hizo fuego contra su adversario; pero si recordamos que esa mañana libróse un combate entre ambas artillerías, un tanto prolongado, sin efecto alguno notable i cuyo objeto aun no hemos podido sospechar; pero que haciendo creer a la Escuadra Constitucional que la batalla habia comenzado la hizo aparecer a la entrada de la bahia para cooperar a la accion, como lo habia hecho en Concon, con su poderosa artillería. Sin embargo, no tuvo mas oportunidad que la de cambiar algunos disparos con los fuertes de Valparaiso, algunos de los cuales mui bien dirigidos, pero mui mal

intencionados, levantaron columnas de espuma a los costados de los atrevidos blindados.

De todos modos aquel combate de artillería que, suponiendo solo un derroche de municiones, en nada adelantó el éxito de las operaciones, para el Ministro Bañados, que era primera vez que olía la pólvora — digo mal — que veía el humo de la pólvora, aquello le pareció tal vez una batalla que quiso consignar en su libro de memorias diciendo que «aquel día había sido del gobierno».

Aquella inacción matadora duró todo el día i nuestra brigada solo ejecutó algunos cambios de posición insignificantes para librarse mas bien de los proyectiles de la artillería contraria que no perdía la ocasión de hacernos algunos disparos cuando por casualidad nos colocábamos a su vista.....

De la altura mirábamos desde la mañana a la pintoresca población de Viña del Mar cuyas calles, solas como las de un panteón, le daban entonces un aire demasiado triste. Solo de vez en cuando la recorrían rápidamente los trenes dictatoriales que seguían acumulando material de guerra, o la máquina blindada que, arreglada a imitación de las que habían sido usadas por los constitucionales en Pozo Almonte i Antofagasta, aparecía de vez en cuando a hacernos algunos disparos no con muy humanas intenciones. ¡Con qué mezcla de pesar i cólera veíamos aquella población de recreo, que tantas veces habíamos recorrido con toda la libertad de chilenos, i que ahora tendríamos que conquistar por la fuerza de las bayonetas!

---

Hasta el día 22 las operaciones de guerra del Ejército Constitucional habían seguido su curso, sino tan rápidamente como se hubiera deseado, por lo menos sin vacilaciones; pero después del ataque frustrado de Viña del Mar, sufrieron una especie de paralización, necesaria talvez, pero que los soldados no comprendían i les desagradaba, mucho mas, cuando los víveres que llevaban en sus morrales habían sido totalmente consumidos. Este desaliento se hizo aun mas pronunciado cuando las bri-

gadas tuvieron que retroceder para tomar las mismas posiciones que habian ocupado la noche anterior. ¡Ah!—Entonces era necesario levantar el espíritu de la tropa, haciéndoles comprender que si ellos padecian tanto, era únicamente culpa de Balmaceda, del champudo como ellos lo llamaban; pero que al fin caeria, caeria sin remedio, puesto que no habia vencido en Concon donde se habian batido sus mejores soldados.—¿Acaso habia un jeneral balmacedista capaz de defenderse de una tropa dirigida por un E. M. J. como el nuestro?—Sí, es cierto que Barbosa i Alcérreca, los dos pilares de la dictadura eran valientes, lo habian probado en la guerra contra la alianza Perú-boliviana; pero ya habian visto que el valor no es el único factor con que se obtiene el triunfo en las guerras modernas.

La noche del 23 encontró, pues, vivaqueando a la 3.<sup>a</sup> brigada en una hondonada de las mismas alturas de la víspera, donde por lo menos habia cierta proteccion en contra del viento que permitia a los soldados que.

«Con el sueño olvidarán las fatigas.»

Sin embargo, los jefes i oficiales, que recordaban con mas teñidos colores los incidentes del dia, permanecieron mucho tiempo sin que les fuera posible conciliar el sueño reparador. Pero, era indudable que nada les preocupaba mas que la falta de víveres con que alimentar sus soldados que, ya hacia dos dias que no habian comido sino un trozo de carne sin sal i comenzaban a sentirse terriblemente hambrientos.—El enemigo habia tenido la precaucion de alejar del terreno de nuestras operaciones todos los elementos que pudieran servir para la alimentacion de tropa i de todos modos, las 9.000 bocas del Ejército Constitucional, tenian que comer diariamente.

Una lluvia en aquellas circunstancias hubiera sido el colmo de las desventuras; pero por felicidad el tiempo nos favorecia i podíamos acampar siquiera tranquilos bajo la inmensa tienda de la bóveda estrellada.

El día 24 se tomó nuevamente la iniciativa.

La compañía del Cuerpo de Ingenieros Militares, agregada a la 3.<sup>a</sup> brigada, cortó en las primeras horas de la mañana la línea férrea entre Santiago i Valparaiso destruyendo el puente de «Las Cucharas» i desde entonces quedó interrumpido aquel incensante tráfico de trenes cuyo ruido era tan desmoralizador para nosotros i se hizo comprender al enemigo, encerrado ya en Valpararaiso, que no recibiría mayores recursos.

Aquella misma mañana, el Escuadron Húsares, que dos dias despues se pasaba a nuestras filas, se habia puesto a nuestra vista esperando talvez el momento oportuno para llevar a cabo el plan concebido por su 2.<sup>o</sup> jefe, pero creyendo nosotros que su intento era unirse a las tropas enemigas en el puerto, interrumpimos su avance desprendiendo algunas líneas de tiradores. El Escuadron entónces se detuvo, hizo a nuestra vista algunos correctos movimientos i se alejó despues pausadamente en direccion a Quilpué.

Aquel dia se resolvió definitivamente para la noche la marcha hácia Quilpué. Este atrevido movimiento de las tropas constitucionales, es cierto, ha sido mui censurado por los críticos militares, puesto que con el se perdía el contacto con la base de operaciones; pero es indudable que en las condiciones en que se encontraba el Ejército Congresista, sin víveres para su alimentacion, sin abrigo para sus soldados, sin la expectativa de poder ejecutar en ningun caso una retirada feliz, puesto que en contacto ya con el enemigo éste nos persiguiría tenazmente, no quedaba mas recurso que jugar el todo por el todo. Además, nadie habia pensado en retirarse i en todo caso era necesario avanzar, tanto para encontrar a la zona en que se encontraria elementos de subsistencia, como para aproximarse al enemigo cuya derrota estaba ya en nuestras conciencias.....

La marcha a Quilpué llevada a cabo por un camino en las peores condiciones para conducir artillería rodada como era parte de la de nuestra brigada, se hizo con una lentitud desesperante, prolongándose toda la noche cuando si hubieran existido buènos caminos se habría

hecho en dos horas. Sin embargo, la lentitud de los movimientos una vez cortada la línea férrea no suponían gran cosa, puesto que las tropas balmacedistas ya no podían recibir mas refuerzos que los que pudieran llegar de Coquimbo i estos no vendrían nunca antes de que nos hubiéramos visto las caras

Para los profanos a la guerra es indudable que las circunstancias difíciles de la campaña son simplemente los combates; pero, cuán engañados están!—Nosotros creemos que nada hai mas difícil en ella que la conduccion del Ejército, de esa gran masa de hombres que todos los dias, indispensablemente, debe comer, beber, tener abrigo, descansar, i todo proporcionado por los jefes a trueque de quedar sin soldados. ¿I qué dirán de la conduccion táctica?—¿Acaso el soldado es un ser inconciente que no comprende una buena direccion i que no se desmoraliza cuando vé que ella vacila o comete alguna falta?

---

En Quilpué comió la tropa un rancho si nó suculento por lo ménos mui reparador, comprado como se comprán todas las cosas en tiempo de guerra, es decir al crédito, si es que puede tenerlo un Ejército que va a batirse i que el vendedor no sabe si vencerá.

Con ese rancho i el descanso consiguiente, la tropa congresista se habia repuesto física i moralmente i no habia ya motivo para retardar las operaciones; pero cuando ya el Estado Mayor Jeneral habia dado la orden de emprender la marcha, la atmósfera, que hasta entonces habia sido nuestra aliada, cambió repentinamente de opinion descargando sobre nuestros soldados sin capotes una lluvia inoportuna.

Este contratiempo impidió que la marcha se llevara a cabo, i mui al contrario, las brigadas tuvieron que buscar abrigo en los galpones u otros edificios que galantemente fueron ofrecidos por sus dueños. Abandonábamos el servicio de seguridad, pero estábamos seguros que el enemigo, por su parte, se vería imposibilitado

para intentar cualquier movimiento en contra nuestra a consecuencia de la misma lluvia: las tropas balmacedistas bebían buen vino, eran regalonas i no podían esponderse a un constipado: Se trataba de conservar la subordinación a costa de comodidades. Por otra parte, estaba también visto que el enemigo había resuelto permanecer en la defensiva i no había temor alguno de un ataque ordenado por los jenerales dictatoriales.....

El Estado Mayor de la brigada durmió aquella noche de lluvia i gracias a la escasa amabilidad de su dueño, en los poco abrigados corredores del Hotel de Quilpué, en el mismo sitio que pocas horas antes había sido prosenio de la linda petipieza en un acto, en la cual el dictador, haciendo alarde de valor, había manejado la palanca de una carabina que le había sido proporcionada por el mas obsequioso de sus coroneles (1) creyendo talvez el infeliz dictador que su presencia en el Ejército influiría grandemente en el éxito del próximo combate, había pues tomado un tren especial i se había dirigido resueltamente al campo de operaciones, resuelto, se comprende, a batirse junto con Barbosa, Bañados Espinosa i Alcérreca. Sin embargo, su valor no le alcanzó sino hasta Quilpué, en donde, como dijimos, manejó airoosamente la palanca de una carabina, perdió un baston con puño de oro, i tomó precipitadamente el tren que lo esperaba para regresar a toda fuerza de máquina a la Moneda, en cuanto supo que las tropas nuestras avanzaban.

Se comprende por estos actos, que la derrota de Concon había dislocado el cerebro del dictador; pero—¿acaso el morir en el campo de batalla no hubiera sido un tanto honroso para él?—.....

---

A la una de la mañana del día 26, la 3.<sup>a</sup> brigada, como todo el ejército, se puso de pié para emprender la mar-

---

(1) Don J. R. Vidaurre.

cha en direccion a la hacienda de las Palmas. La lluvia, que durante el resto de noche habia caido tenazmente, habia entónces cesado i una hermosa luna asomándose ya por entre algunos razgones de nubes, hacia comprender como sonriendo que la tormenta habia pasado i que la atmósfera no nos traicionaria nuevamente.

Pero la marcha no pudo emprenderse sino hasta el amanecer: la brigada de pié en las calles llenas de charcos de agua, formados por la lluvia que acababa de pasar, tuvo que esperar largas i frias horas ántes de avanzar; el pan que debia repartirse a la tropa no habia salido con la oportunidad requerida i habia que mirar, ante todo, la alimentacion de los pobres soldado que tanto habian sufrido.

Despues comenzó el desfile, ese desfile resuelto del soldado chileno cuando sabe que pronto debe batirse, en que todos arrastrados por el mismo espíritu belicoso, característico de la raza, avanzan formando un torrente humano, irresistible, imponente, herizado de bayonetas.

El Ejército Constitucional tenia el aspecto mas pintoresco imaginable: al salir de Iquique la tropa se veia mas o ménos uniformada; pero despues de la batalla de Concon, despues de la pasada del Aconcagua, se habia perdido completamente la uniformidad; en sus filas veíanse todos los colores militares, aumentados por los uniformes de los soldados que caidos prisioneros habian engrosado nuestros batallones i, por qué no decirlo, tambien por muchos de los pantalones de los muertos que habian sido aprovechados por los vivos.—¿Acaso habian muerto de la peste para que se les despreciaran sus prendas?

El camino a las Palmas nos pareció, desde luego, en mucho mejores condiciones que los que habíamos recorrido en los dias anteriores; por lo ménos habíamos oido ya con placer el canto del gallo i esto nos auguraba un suculento caldo. I cuando bajamos a las dichas casas *de la Hacienda*, los sueños convirtiéronse mui luego en realidad: en la misma mesa del Presidente electo, sobre los mismos blancos manteles, donde hacian tremendo contraste nuestras tostadas manos de soldado, saborea-

mos algunas gordas presas de aquellas aves de corral, cebadas cuidadosamente para deleitar el morisco paladar del señor don Claudio, oyendo al mismo tiempo algunas melodías de piano, que no todo había de ser ruido de bayonetas i silvidos de balas.

La tropa comió tambien allí regularmente, gracias a los bien alimentados carneros del señor Vicuña, que no había retirado de su fundo, puesto que jamás habría soñado en que las huestes constitucionales irían a pisar tan luego aquellas tierras.....

Allí en las Palmas del señor Vicuña, tuvimos el grato placer de ver al bizarro Escuadron Húsares que al mando de su valiente 2.º jefe, había pasado a engrosar nuestras filas. Formado en línea desplegada, mui bien equipado i armado, nos pareció correctísimo, mucho mas, cuando hacia tanto tiempo que no veíamos esa uniformidad en nuestras rotosas tropas.

La pasada de este cuerpo a nuestras filas—acto atrevidísimo por parte de su 2.º jefe—suponia, mas que el continjente físico, el continjente moral, que en estas críticas circunstancias venia a levantar inmensamente el espíritu de nuestros soldados, que comprendian que a Balmaceda no se le queria i que en ámbos ejércitos no era sino el infeliz champudo que pronto caería.

Hasta las oraciones no emprendió la marcha la brigada como todo el Ejército. Creyendo que aquella sería la última jornada, ántes de atacar al amanecer del día siguiente, se había deseado dar a la tropa un largo descanso que la dejara en aptitud de practicarla en las mejores condiciones posible. Pero—¡quién había de pensarlo!—aquella jornada fué, sin duda alguna, la mas tremenda de la campaña de ocho días. Los caminos impracticables casi, a causa de los pantanos dejados por la última lluvia, detenian a cada paso la columna, impacientando a los soldados, que permanecian de pié horas enteras esperando que se salvara el obstáculo. I luego despues, esas tropas detenidas involuntariamente, pesadas a consecuencia de la abundante comida que había vengado las hambres atrasadas, se sintieron mui luego acometidos por ese sueño irresistible que orijina

una dijestion abundante i durmiéndose pesadamente a orillas del camino se quedaban rezagados irremediabilmente, perdidos en las sombras de esa noche oscura que no permitia vernos ni las manos.

A fin de evitar en cuanto fuera posible el número de rezagados, se ordenó a la brigada hacer alto sobre una colina que en las primeras horas de la mañana comenzaba a ser alumbrada pálidamente por la luna que salia. Un frio horrible que dá frio recordarlo hacia temblar a todos; pero el sueño se apoderó mui luego de los soldados i el campamento quedó en el mas profundo silencio. Aquel era un cuadro sombrío digno únicamente del pincel de Protée.

¿Cuánto tiempo dormimos?—No pude apreciarlo; solo sé que se ordenaba únicamente la marcha i que los soldados profundamente dormidos no obedecian las órdenes i fué necesario inventar que el enemigo estaba cerca, para despertarlos. ¡Ah! creo que nunca renegamos con mas cólera contra Balmaceda i sus secuaces.

---

La mala noche i lo penoso de la jornada habia pues impedido que la tropa congresista pudiera llevar a cabo el ataque de las posiciones dictatoriales aquella misma mañana. Era preciso rehacerse, organizar las brigadas que habian perdido sus distancias reglamentarias i esperar a los rezagados que habian quedado atrás en gran número.

En las primeras horas de la mañana llegamos a las casas de Las Cadenas i allí se resolvió definitivamente el ataque para el dia siguiente. Ya no habria sido posible postergar por mas tiempo el combate; allí quedábamos a un paso del enemigo, i por otra parte, no habia absolutamente víveres para la alimentacion del soldado.

Durante el dia el E. M. J., hizo los reconocimientos necesarios i en la noche, en una conferencia habida en el Cuartel Jeneral, el coroner Kórner espuso su plan de ataque que, francamente, habria hecho honor a cualquier

jeneral europeo. Ese plan, explicado allí entre los jefes constitucionales con esa sencillez de estilo i sangre fria que les son características, fué el que se practicó casi al pié de la letra al dia siguiente i el que dió la victoria.....

Aquella noche los soldados constitucionales durmieron perezosamente. Acostumbrados a los peligros de la guerra, la expectativa de la batalla no les habia causado ningun desvelo. Solo algunos centinelas avanzados permanecian de pié tiritando de frio i mirando con ojos escudriñadores en direccion al campamento enemigo que permanecia envuelto en la densa oscuridad de la noche.....

Antes que amaneciera, la 3.<sup>a</sup> brigada avanzó hácia las posiciones balmacedistas. Debia quedar de reserva, pero aprovechaba aquellos momemos para llegar sin ser visto a la situacion que se le habia designado i donde, en formacion de reunion, debia esperar órdenes superiores.

Sin embargo, la hora no fué bien calculada: el glorioso sol de aquel dia de victoria nos alcanzó a medio camino i el enemigo nos tuvo bajo su vista i al alcance de sus armas durante largo tiempo. Pero no rompieron sus fuegos: Barbosa, aquí como en Concon, veia siempre los *cuatro gatos* que no causaban inquietud.

El contratiempo de haber sido descubiertos, no amedrentó un solo instante a la columna: los soldados constitucionales tenian mas que nunca deseos de entrar en el combate que, con la victoria o la muerte, únicas alternativas en la Placilla, debia terminarse aquella campaña tan corta, pero tan tremenda a costa de sacrificios, i acariciaban ya sus fusiles demasiado enfriados despues del combate del 21.....

Llegada la brigada a la posicion que se le habia designado, colocó su infantería protegida de la vista i fuegos del enemigo, miéntras que la artillería, que debia romper el fuego tan pronto como comenzara el ataque, se situaba convenientemente sobre algunas promi-

nencias del terreno que le daban excelente campo de tiro.

Cuatro cañones de campaña, de los mismos tomados humeantes en las alturas de Concon, arrastrados hasta aquí por bueyes a costa de mil sacrificios, formaban también parte de aquellas baterías i quedaban allí listos para batir a sus antiguos artilleros.

Ni la colocacion de la artillería fué molestada por los proyectiles balmacedistas. En el campamento enemigo todo estaba en silencio, i a no ser por el brillo de algunos sables i bayonetas que relucian de vez en cuando en las alturas, hubiérase dicho que el enemigo había abandonado sus posiciones de la víspera.

Desde las alturas ocupadas por la 3.<sup>a</sup> brigada, divisábase perfectamente el campo donde debia desarrollarse el combate, un terreno gredoso, amarillento, con retazos verde-oscuro, rodeado de aquellas alturas que habian dado a los dictatoriales tan excelentes posiciones. Al centro de la línea de defensa enemiga quedaba el caserío de la Placilla, i casi en la misma direccion, pero mas en la altura, el alto del Puerto i los almacenes de pólvora con algunas paredes blancas que hacian una nota alegre que animaba el paisaje. La vejetacion mui raquífica en el terreno que venian ocupando las tropas constitucionales, aumentaba considerablemente en la Placilla i las alturas e impedía darse cabal cuenta de las posiciones enemigas i de la mayor o menor accesibilidad de aquellos cerros que debíamos escalar en el asalto.

La inaccion no fué mui prolongada. Los batallones balmacedistas comenzaron luego a mostrarse desplegando sus guerrillas a la antigua que coronaban aquellos cerros i desde luego tenian en contra nuestra la ventaja de la altura. Barbosa debia en aquellos momentos estar contento, puesto que ya iba a dar principio aquel combate en que él decia iba a esterminarnos.

A las 7  $\frac{1}{2}$  A. M. en punto, la artillería balmacedista

rompió el fuego sobre las columnas de la 1.<sup>a</sup> i 2.<sup>a</sup> brigada que en ese momento marchaba al combate todavía en órden de marcha.

La artillería de la 3.<sup>a</sup> brigada contestó inmediatamente aquellos fuegos i se dió principio al duelo de la artillería, tan imponente por sus estampidos, pero que esta vez como en Concon, a pesar de las buenas punterías de los artilleros balmacedistas, no fué para los constitucionales de graves resultados. Los cañones enemigos, es cierto, eran superiores en número i calibre, pero en cambio, sus granadas comunes guardadas desde la campaña contra el Perú i cuyas mohosas espoletas no habian sido revisadas, caian sin estallar, no pudiendo de ese modo competir con los excelentes Shrapnell que le lanzaba la artillería constitucional i que repartía una lluvia de balas sobre sus cabezas.

Entonces daba gusto ver como se batian aquellos artilleros improvisados, casi todos de la flor de la juventud chilena contra los veteranos de Barbosa—¡Qué tanto puede el amor a la Patria!

La infantería opositora, avanzó todavía algunos pasos mas en silencio. Aquellos soldados con la esperiencia adquirida en Concon, no querian consumir desde luego sus municiones sino cuando hubiera la seguridad de ser mejor aprovechadas. Los jefes i oficiales se interesaban tambien en ello; conocian que la ventaja del Mannlicher, la repeticion, en manos de reclutas conviértese únicamente en el peligro de agotar mas pronto las municiones.

La infantería balmacedista, que habia roto ya sus fuegos, mostraba entónces completamente la línea de defensa, mui estensa como en Concon, formando casi un arco cuya convexidad miraba al atacante i en cuyo centro quedaba el caserío del alto del Puerto que se perdía a veces tras los blancos peñachos de humo de la artillería.

.....

La 3.<sup>a</sup> brigada no atacó con sus batallones simultáneamente: sus cuerpos fueron empleándose a medida

de las necesidades, apreciadas por el comandante de ella que, anteojo en mano, colocado en las mismas alturas en que se batía su artillería, observaba momento a momento el desarrollo de la batalla.

Dos cuerpos de infantería, primero el 9.º que en pocos minutos perdía la tercera parte de su efectivo i despues el 7.º fueron encargados de reforzar el centro de la línea de ataque. Despues el 3.º i 4.º, solos emprendieron el ataque contra el ala izquierda.

El centro balmacedista fué, sin duda alguna, el que opuso mayor resistencia. Parece que allí estaban los mejores batallones de Barbosa, tratando a toda costa de defender el camino mas accesible que conduce a Valparaiso; las alas se debilitaban sensiblemente hácia sus extremos, como que allí era mas difícil ser atacados.....

La 3.ª brigada había emprendido el ataque precisamente en el momento oportuno: las balas Mannlicher comenzaban nuevamente a agotarse i la artillería, que había acertado sus distancias, consumidos sus proyectiles hacia únicamente disparos a fogueo para mantener el espíritu de la tropa.

Pero el ataque de la 3.ª brigada no cedió como en Concon el éxito de la jornada. Las tropas balmacedistas, es cierto, abandonaron algunas trincheras, pero protegidos mas a retaguardia por otras nuevas, no daban indicios de retirarse definitivamente. La artillería, que en el combate del 21 habia sido tan lijera en abandonar sus posiciones, resistia ahora hasta el último momento haciendo un fuego sumamente sostenido, i allá en el Alto del Puerto, junto a unos ranchos de paja flameaba siempre en el mismo sitio la insignia de Barbosa, una bandera blanca con una gran estrella roja, que en pocos momentos mas iba a caer en manos de los soldados constitucionales.

Fué una carga de caballería la que decidió la victoria. 300 jinetes constitucionales armados de sables i lanzas cayeron como una abalancha de acero sobre el mismo centro balmacedista, arrollándolo todo, acuchillando allí mismo a sus dos jenerales.

Aquella fué una carga demasiado atrevida. Barbosa mismo, entre sus lecciones, no creyó jamás en tanto atrevimiento: cuando sus ayudantes le dieron aviso que la caballería enemiga escalaba sus posiciones, pensó únicamente que aquello era ilusion del miedo i solo vino a palpar la tremenda realidad cuando su calvo cráneo era partido por tremendo sablazo. Caía aquél sostén de la dictadura en las inmediaciones del caserío del Alto del Puerto, en uno de cuyos ranchos se conservaban todavía intactos algunos cajones de champagña, que el cuartel jeneral había hecho conducir allí para retemplar el patriotismo o celebrar el soñado triunfo.

Alcérrecá moría a algunos pasos mas allá.

Despues vino el *sálvese quien pueda*, la derrota completa en que no se obedece a nadie, en que nadie quiere mandar, i en donde todos no piensan sino en la fuga o en entregarse al vencedor. ¡Pero el campo quedaba cubierto de muertos que perdía la misma Patria!

Ningun soldado balmacedista se pasó durante el combate a las filas constitucionales. Cuando en el norte todavía, pensabámos en la campaña contra la dictadura, al mirar nuestro Ejército reducido i recluta, muchos creíamos en la decepcion de aquellas tropas en los combates, pero aquello no pasó mas allá de ser una ilusion consoladora. Las tropas balmacedistas no podian tener la ilustracion necesaria para entender con claridad la razon por qué iban a batirse; si es cierto que muchos de ellos habian sido obligados al servicio, una vez en él no aprendia sino a obedecer ciegamente a sus jefes. Por otra parte, se les daba buen trato, un trato ecep-

cional i buen vino para que tomasen cariño a las filas.

El soldado chileno belicoso por temperamento, una vez que se encuentra en combate no piensa sino en batirse.....

Mas o menos a las 2 de la tarde de aquel dia, la 3.<sup>a</sup> brigada hacia su entrada a Valparaiso, donde reinaba un entusiasmo inmenso; pero ya no iba dirigida por su valiente comandante don Enrique del Canto. Una bala de fusil habia terminado aquella valiosa existencia, atravesando su noble pecho. ¡Caprichos de la fortuna! — en Concon, donde arrastrado por su carácter impetuoso, habíase batido con las primeras líneas de tiradores, las balas le habian respetado; en la Placilla moria todavia mui distante del verdadero peligro, al lado derecho del Rejimiento Esmeralda, que recién comenzaba a desplegar su primer escalon de combate.

La muerte de un jefe de alta graduacion siempre causa asombro, parece que el mismo respeto que inspira a los soldados debe inspirar a los proyectiles; pero la muerte en los campos de batalla, como en todas partes, jamás ha tenido semejantes consideraciones.....

Difícil es pintar la satisfaccion del Ejército constitucional al ser vencedor por segunda vez en la Placilla; para formarse una idea aproximada, basta solo pensar en los sacrificios sin cuento que tuvo que pasar para su organizacion, durante los ocho largos meses en el norte, donde ademas de batirse con las divisiones que enviaba en su contra el dictador, tenian todos que sufrir el aislamiento completo de sus afecciones que quedaban sometidas a todas las arbitrariedades del gobierno de la tiranía.

Por otra parte, es necesario comprender que el triunfo era para todos, a pesar de la confianza inquebrantable del coronel Körner, que nunca pensó en ser derrotado — mui problemático. — Sabíamos, pues, que teníamos que habérnoslas con un Ejército de soldados veteranos, en su mayor parte, bien armados, bien mantenidos, bien equipados, abundantemente municionados, con mui su-

perior artillería, con una caballería infinitamente mejor que la nuestra i, francamente, eso nos hacia dudar algunas veces. Los que habíamos pertenecido al antiguo Ejército ántes de la dictadura, sabíamos tambien que los jefes i oficiales que lo mandaban eran valientes i que con tantos factores en contra, si triunfábamos, gracias a la direccion, caro nos habia de costar la victoria.

Balmaceda i los jefes de su Ejército, jamás pensaron por su parte en ser derrotados, i ¿cómo pensar en ella cuando contaba con un numeroso Ejército con tantas condiciones favorables en contra del enemigo?—Barbosa, creyéndose gran jeneral, decia siempre a Balmaceda: «mientras esté su negro en el Ejército no tenga cuidado S. E.»—I Alcérreca i muchos otros jefes eran tambien jénios de la guerra!

Pero vino Concon, una derrota completa; vino la Placilla, el complemento del desastre, i solo entonces vinimos a comprender lo que puede la direccion militar moderna; i ellos, los jefes derrotados, caidos de tan alto; estamos seguros, no vuelven aun del estupor creyendo todavia que solo la suerte pudo hacernos vencer.

G. G. L.

FIN.